

NECROLÓGICA

DEL DOCTOR DON JAVIER LAHUERTA VARGAS

DOCTOR D. JUAN JUAN GÓMEZ Y GONZÁLEZ DE LA BUELGA
*Académico de Número de la sección de Arquitectura y Bellas Artes
de la Real Academia de Doctores de España*

Cuando el doctor Lahuerta terminaba su carrera en la Escuela de Arquitectura en 1941, yo estaba empezando la mía. La guerra había destrozado el edificio de la Ciudad Universitaria, terminado precisamente poco antes del Alzamiento de 18 de julio de 1936, y Javier, que llevaba mediada su carrera, hubo de interrumpir sus estudios durante los tres años de la Guerra Civil, para reanudarlos en un alojamiento provisional mientras se reconstruía la Escuela, un moderno edificio funcionalista, imagen puntera del estilo que caracterizó los años de la República. El edificio provisional era un viejo caserón en la calle de San Mateo, en cuyas rancias galerías nos conocimos, él terminando y yo empezando. Desde el principio me llamó la atención su figura escueta y estilizada, derecho como una vela, al que unas gafas prematuras, de montura negra, servían la imagen de joven estudioso y comprometido.

Eran los años de la postguerra y la presencia militar se vivía todavía por calles y casas a todas horas. Algunos alumnos compatibilizaban sus destinos (todavía militares) con la asistencia a las clases, y entre ellos uno era Javier, embutido en su uniforme de Teniente de Ingenieros, que llevaba con orgullo y con seriedad y rigor, actitud con la que había enfrentado los estudios y más tarde como todo lo que acometería en su vida. Había sufrido la dureza de la guerra como tantos jóvenes de su edad, participando entre otras acciones conocidas, en la batalla de Brunete, y tras su paso por la Academia de Segovia en los frentes de Andalucía, hasta que terminó el conflicto.

Era Javier uno de tantos «alféreces provisionales» que, previo unos escuetos cursillos de formación militar, salían de las Academias a cubrir los puestos más peligrosos y que —como se decía por entonces con un humor ciertamente macabro—, «les tomaban medidas para el ataúd de madera que pronto iban a necesitar». Por la gracia de Dios no fue ese su caso, y pudo volver a terminar su carrera, para después incorporarse, como yo mismo, a las tareas febriles de la reconstrucción de España que pronto se inició.

Javier era —como yo mismo—, hijo de militar, y además del cuerpo de Ingenieros. Nuestros padres hicieron cuanto pudieron para que ambos estudiáramos la carrera

de Arquitectura. Y creo que a él —como a mí—, nos curtió para la vida la rectitud y el sentido del deber que ellos nos transmitieron, el que ellos mismos habían respirado desde sus tiempos de la Academia de Guadalajara, en la que ambos se formaron.

En una segunda etapa —ya arquitectos los dos—, tuvimos esporádicos encuentros profesionales en los que él me ayudaba a plantear o resolver problemas estructurales en algunas de mis obras. Porque Javier Lahuerta fue —con Juan del Corro—, el arquitecto que más sabía en España en aquellos años de matemáticas y su derivada experimental más importante para nuestra carrera: el Cálculo de Estructuras. Pero no pudo cumplir por entonces su deseo de ser catedrático en la Escuela de Madrid, que tenía titulares acreditados durante toda la década de los años cincuenta y sesenta en que él residió en nuestra capital. Optó, por tanto, por la actividad docente en la Escuela de Aparejadores y por realizar un viaje de estudios a Alemania, país por entonces puntero en todas las cuestiones que representaban la vocación de Javier. Allí visitó los más importantes centros de investigación relacionados con su carrera. La guerra europea estaba ya haciendo estragos y a él le tocó pasar dificultades por los bombardeos, pero aprendiendo muchas cosas y practicando su alemán que le había de ser de tanta utilidad en adelante.

A su regreso a Madrid ingresó por oposición en la Dirección General de Arquitectura del Ministerio de la Vivienda, contribuyendo a la creación del Centro Experimental de Arquitectura y a la redacción de Normas UNE de la Edificación, que habían de regular el mundo de la construcción de los años cincuenta y sesenta, siendo muy pronto designado por sus méritos miembro del Instituto Nacional de Racionalización del Trabajo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el que realizó una copiosa y fecunda labor.

Fue por entonces cuando tuvo Javier ocasión de conocer a nuestro compañero el Doctor Aguirre de Yraola, director del Instituto Torroja durante treinta años, también ponente en esta mesa, con el que tuvo una importante relación profesional que él se encargará de glosar.

Del paso del Doctor Lahuerta por el Ministerio de la Vivienda, hay que señalar que fue designado Coordinador del Plan General de la Vivienda, que se realizó para todo el país, con lo que se relacionó llevando y trayendo instrucciones a los arquitectos provinciales de toda España. Por entonces yo era Subdirector General de Urbanismo con Pedro Bidagor, y tuve ocasión de tratarle esporádicamente en algunas reuniones oficiales a las que ambos éramos convocados, confirmando desde el principio la calidad profesional y humana que le adornaba y el rigor con que acometía todas las funciones que le designaban.

Pasaron así los años, y su vinculación con el Opus Dei, vehículo principal de sus fuertes convicciones religiosas, unido a su categoría profesional que ya había adquirido en Madrid, le llevaron a aceptar en 1966 su incorporación a la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra donde se iniciaría una segunda etapa de su vida profesional y familiar. Para ello hubo de levantar su casa de media vida en Madrid y trasladarse a Pamplona con su mujer y sus cinco hijos ya mayores, a lo que por supuesto no podía ser ajeno el hijo de un militar, una profesión que acarrea frecuentes cambios de destino. Por aquel tiempo (era el año 1967) tuvo ocasión de ver satisfecha una de sus viejas ilusiones hasta entonces no cumplidas: la de ser catedrático.

tico. Ya era un hombre maduro, con más de cincuenta años, curtido en cien batallas técnicas, y le esperaba un panorama muy duro a la vista del programa de la oposición anunciado, para cubrir tres plazas de las asignaturas de «Resistencia de Materiales» y «Estructuras primero» en las Escuelas de Arquitectura de Madrid y Barcelona. Y sin embargo se presentó (con otros quince opositores de gran nivel) estudió durante un año a fondo todos los temas del programa y desarrolló los cuatro ejercicios que se le exigieron a finales de 1968, con el resultado de ser seleccionado en primer lugar. Esta odisea profesional fue sin duda el complemento del curriculum que aportaría para aspirar ya a la cúspide de la docencia en la Escuela de Pamplona.

Esta tercera etapa de la vida del Doctor Lahuerta espero sea desarrollada por la tercera ponente de hoy, la doctora Doña María Antonia Frías, que fue su discípula en la Universidad de Navarra y tuvo ocasión de conocerle muy de cerca y apreciar sus muchos valores (él fue quien patrocinó su entrada a la RADE como Académica Correspondiente).

Y yo por mi parte, pasaré a relatar su paso por esta Real Academia de Doctores en que nos encontramos, con el regusto del buen recuerdo que nos dejó a todos sus compañeros. El Doctor Lahuerta ingresó en esta Institución en que nos encontramos el año 1998, y en la Sección de Arquitectura y Bellas Artes, de la que entró a formar parte figuraban compañeros de relevancia profesional como Miguel Fisac, Fernando Chueca Goitia, Rafael Lahoz Arderius, Antonio Lamela y Luis Fernández Galiano, este último Catedrático de la ESTAM y Presidente por entonces de nuestra Sección. Y artistas tan conocidos como el compositor Ernesto Halfter y el pintor Agustín Úbeda.

Enseguida se integró el nuevo Académico de pleno en las actividades de la misma, acudiendo sin faltar nunca a todas las reuniones convocadas, aprovechando sus viajes desde Pamplona para estar con sus hijos y sus nietos que residían en Madrid.

No tardó mucho Javier, junto con los Doctores Chueca y Lamela, en proponer mi nombre para suceder en la Presidencia de la Sección a Fernández Galiano, que había mostrado su deseo de cesar en la misma. Y así fue cómo —pese a conocerle bien—, pude confirmar a lo largo de mi presidencia la eficacia de su colaboración y su fructífera aportación de nuevas iniciativas en cumplimiento de los Estatutos de nuestra Academia —a cuyo articulado aportó importantes enmiendas—, mostrando la precisión y rotundidad en los argumentos que respaldaban sus ideas, así fuera en las muchas reuniones que celebramos, tanto en la Sección 9.^a como en los Plenos, y asistiendo siempre a los Actos que tuvieron lugar durante su período en los que se mostró siempre con la corrección, severidad y conocimiento del protocolo en el que nos dio lecciones a todos los compañeros, no tan cuidadosos como él en ese tipo de cuestiones formales.

Cuando por razones comprensibles del deterioro de su salud, y por imposibilidad material de hacerlo, dejó de acudir a nuestras reuniones, sus compañeros tuvimos ocasión de lamentar su ausencia, y la falta de sus aportaciones y consejos siempre positivos. Creo que puedo hablar en nombre de todos sus compañeros de Sección, y no dudo que también de muchos de las demás secciones de la Academia, para proclamar que fue un miembro distinguido de la misma. Descanse en paz.